

Estampas castellanas

ENRIQUE DE ANTONIO CARPETANO

Subvencionado por:



Madrid, 2006

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2-4º1

28013 Madrid

Depósito Legal: xxxxxxxx

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

ESTAMPAS CASTELLANAS

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 3 DE OCTUBRE DE 2005)

Buenas tardes, queridos amigos. Otra vez entre vosotros. De verdad os agradezco vuestra hospitalidad generosa.

Hoy os contaré cuentos. Ya lo hice en otra ocasión y tuve la modesta impresión de que os quedó cierto regusto de repetición. Impresión confirmada por alguno de vosotros. He elegido cuentos de mi libro *De voces y vientos*, el cual está aún sin editar, pues parece que actualmente ciertos editores están muy ocupados en otros menesteres.

El Santo del día

Ya sabe usted, ¿no verdad?, que vine a este mundo tal día como hoy, hace ya 89 años. Y la que se armó con lo del nombre, oiga usted. Bueno, ahora que me lo pienso, lo cierto y verdad es que esa cuestión se la vengo contando a usted desde hace unos 10 años, arriba o abajo, que es, más o menos, el tiempo que tiene usted la plaza en propiedad, ¿a que sí? Sí, ya sé que se lo cuento a usted año a año por estas fechas, tal cual, pero ya me dirá a quien sino. Pues, sí señor, yo nací un 3 de febrero, el día de san Ansgario, obispo por más señas. Y mucho más tarde me dijeron que mi madre, erre que erre, que había que ponerme de nombre el del santo del día, así porque sí. Y mi padre y la abuela Faustina que adonde iba a ir el crío con ese nombre tan raro. Y mi madre, erre que erre, ya digo, que había que cristianarme con el santo del día, o sea Ansgario. Pero vente a razones, mujer, replicaba mi padre, que gloria halle. También es el día de san Blas, añadía encorajinando los ojos. Que si Blas ya se llamaba su padre que nació el mismo día, le contradecía mi madre, y que su hijo, para variar, se llamaría Ansgario, que fue obispo y todo, y que si así no se hacía, allá cada

cual con las consecuencias, pues ya le contaba a ella su abuelo Salomón que fue un hombre muy principal y secretario del Ayuntamiento por más detalle, que si no se le ponía a un hijo el nombre del santo del día, éste tomaría venganza de por vida. Y que así se venía haciendo desde antiguo, y que había que respetar las tradiciones, ve ahí. Y sino a ver por qué ella se llamaba Macaria; pues porque ella había nacido el 20 de junio. Cuando mi madre mentó lo de las venganzas, aquello fue la intemerata, mire usted. A la abuela Faustina se le abrieron unos ojos como fuentes, mal comparado. Y qué decir de los reniegos de mi padre, que no dejó un santo del cielo sin señalar, incluido el señor obispo san Ansgario, y venga a soltar juramentos a diestro y siniestro. Que si todo eso eran patrañas y supersticiones mal traídas, terciaba la abuela Faustina. Que si eran agüeros de mala sombra y abusiones sin ton ni son, remachaba mi padre. Y mi madre, llora que llora, y que allá cada cual con las consecuencias. Fíjese usted que hasta mi padre fue a consultarlo con don Cándido, el párroco, y éste hablando de idolatrías y fetichismos, y que san Ansgario no se metía en esas cuestiones de venganzas y desquites, pues todo eso eran leyendas y mitos. Que ya hablaría de seguido con mi madre para quitarla esas ideas de la cabeza. Y así fue.

Mi madre parece que torció el brazo con el emperreamiento al respectivo del nombre de Ansgario, pues siempre he oído decir, verdad usted, que don Cándido convencía con sus argumentaciones, y que era un hombre de gran raciocinio y buen juicio. Aun a regañadientes, mi madre consintió, aunque allá cada cual con los resultados. Y ve ahí que me cristianaron con el nombre de Gabriel, como usted sabe, que es muy sonoro y que fue un ángel, o arcángel que es de mucho más mérito. Y Gabrielillo por aquí y Gabrielillo por allá y todos tan contentos, menos mi madre, ve ahí, que de cuando en cuando le salía la punzada de los despiques de su ilustrísima el señor obispo san Ansgario por no llevar yo su nombre. Y los punzamientos se la agravaron mayormente cuando tuve las primeras calenturas. O cuando brinqué de los brazos de la abuela Faustina, con ocho o nueve meses, y me descalabré tal que aquí. Ahí empezaron con más fuerza los lamentos de mi madre y sus menciones a san Ansgario. Ya están aquí las venganzas del santo, decía entre gritos descompasados, y que para qué habría hecho caso a don Cándido, y fue y le encargó un novenario y todo, en reparación a san Ansgario. Y don Cándido que son cosas que pasan, Macaria, y que san Ansgario no tenía nada que ver con las calenturas y el descalabro. Y ve ahí, mire usted, que mi madre, terne que terne, con lo de la venganza, y don Cándido que no la convencía ni a la de tres. Que yo creo que a don Cándido empezó a acabársele la paciencia, por lo que me contaba mi padre mucho después. Que vaya manías las de esta mujer, me decía mi padre. Que se le ha metido en la cabeza la cuestión del nombre como un abejorro y runrún y runrún, que se ha puesto de temosa que no veas tú, añadía mi padre, ve ahí.

Y para qué contarle a usted cuando, años más tarde, me tiró la mula nueva contra el cantón de la plaza, que me tuvieron que enyesar la pierna para 30 ó 40 días, mire usted.

Y para qué contarle además cuando de mozo sorteé y me tocó a África, que por poco me coge lo de Annual que fue una escabechina como usted sabrá; para qué contarle, mire usted. Y para remate el asunto de la costumbre, que eso se llevaba muy a rajatabla, ya ve. Estaba yo de novio con la Efi, la sobrina del molinero de Valdebuena, y los mozos de allí a vueltas con que pagara la costumbre, que era convidarles a todos a vino y a lo que se terciara por ser novio forastero. Yo sin un mal duro que llevarme a la mano y los mozos dale que dale con el convite, hasta que al cabo del mes me tiraron al pilón del caño, sin más ni más. Y yo, dejarme que me ahogo y ellos venga a empujarme para lo hondo, y menos mal que metió baza el boticario que por allí pasaba, que sino allí mismo la espicho, mire usted. Y cuando mi madre me vio en aquel estado, todo chorreando y con la ropa destrozada, pues se puede usted imaginar; a grito pelado y a vueltas con san Ansgario, ya ve. Y cuando aquel ataque de flato y cuando me empezaron a salir un montón de diviesos en el cuello, de recién casado. Y mi madre con sus arrebatos contra todo cristo y encendiendo lamparillas en la sala, delante de una estampa de san Ansgario con su gorro de obispo y todo, que se la había traído de propósito el Sebastián, el de la señora Engracia, que estaba de seminarista en la capital. Pero qué quiere que le diga, oiga usted. Ni las lamparillas ni los novenarios calmaban a mi madre, que en gloria esté. Con decirle a usted que don Cándido estuvo a pique de pedir en el Obispado el traslado a otro pueblo, pues el pobre estaba hasta el bonete de tanto tema con san Ansgario y de tanta fábula, ve ahí.

Yo pienso, mire usted, que mi madre se fue para el camposanto, ya va para 30 años, con ese comecome de san Ansgario y sus malquerencias. Claro que me ocurrieron más cosas, que bien sabe usted de muchas de ellas. Las dolencias en la tripa que me tuve de atiborrar de boticas, ¿no verdad? Y la reuma. Y el cólico de la piedra que no la echaba ni a tiros.

Dispense, don Alejandro, por toda esta murga que le cuento todos los años por estas fechas, pero ve ahí, a alguien le tengo que contar toda esa cruz, y a quien mejor que a usted, don Alejandro, que lleva más de dos años tratándome lo de la perlesía. Y cavilando, cavilando, yo creo que todas esas dolencias y quebrantos que me han pasado antaño y ahora son los naturales en la vida de una persona, te llames Gabriel o te dejes de llamar Ansgario, que era el santo que regía el día que yo nací, ¿no verdad?

El lobo cansino

Vio la fotografía en el periódico. Primero sintió un sobresalto. Un frío encogimiento visceral. Un miedo y una alegría. Un arrepentimiento en un latido de ansias. El hombre volvió a volcar la mirada en la fotografía. La mujer estaba sonriente, sin que los años hubieran marcado su rostro de niña. El nombre, su nombre, para después anunciar:

“**Ganadora del Premio de Poesía...**” La foto, en blanco y negro, no reflejaba el color auténtico de los ojos. Aquellos ojos que pasaban del gris al verde, para luego quedarse en azules. Y al hombre, que ya estaba blanqueado por la vejez, al igual que los vilanos de cardo blanquecen las cunetas, se le desataron los recuerdos hacia aquel barrio, hacia aquellos lugares tantas veces frecuentados con la mujer de la fotografía, en fugaces y veladas entrevistas. “—¿Sabes que te llevo cerca de treinta años?” “—Bueno, ¿y qué?” La respuesta le llegaba al hombre como una caricia, como un refrescante bálsamo sobre los frunces de su cara, cuarteada por la edad. “—¿No te importa?” —remachaba el hombre, entre la vanidad y la duda. “—Mira mis arrugas” —añadía, tocándose los alrededores de los ojos. “—Mientras no las tengas en el corazón...” —contestaba ella de seguido, en medio de risas, a la vez que suplía los dedos de él, rozando suavemente los pliegues de la piel. La larga sonrisa masculina como compensación a las caricias plenas de ternura. “—Anda, vamos a tomar algo. Tengo ganas de que me cuentes muchas cosas.” “—¿Dónde siempre?” Y se sentaban en el rinconcillo acristalado de la cafetería de todos los días delante del café con leche y la manzanilla sin azúcar.

Así un día y otro, celebrando acontecimientos y aniversarios importantes. Trenzando charlas, que más bien eran monólogos del hombre, enristrando frases y pensamientos, con los ojos azules, o grises, o verdes como testigos mudos, hablando silencios y cariños. Las referencias sobre los amigos comunes, los asuntos familiares y domésticos, las narraciones de temas tan diferentes como la política, o la historia, o las geografías distantes y distintas. “—¿Te gustaría conocer Japón?” “—¿Qué se me ha perdido a mí en el Japón?” Y el hombre, después de la repentina respuesta, empezaba a hablar de los samurais, de la bomba de Hiroshima y de las geishas, sin haber conocido a un samurai, ni la ciudad mutilada de Hiroshima, ni haber sido acariciado jamás por una geisha, para más tarde hilvanar un relato de fantasías y estrellas perdidas, con ásperos dragones enamorados de los tulipanes acunados por el viento. Y también hablaba de pardos surcos, amigos de los espantapájaros de nariz de zanahoria y corazón de paja oreada por mil cierzos.

El reloj. Siempre el reloj tiranizando el encuentro. Tajando, hasta el día siguiente la comunión de espíritus y cuerpos. “—Hasta mañana.” “—A la misma hora, ¿verdad?” Alargaban el último minuto hasta llegar al beso furtivo. “—No te olvides de traerme el libro de poesías.” El revoloteo de manos en la embocadura del “metro”, en un adiós sin despedida.

Y así un día y otro hasta rellenar casi dos años. Siempre en el mismo esquinazo del bar, o en el refugio de la habitación clandestina, con la separación angustiada de los días de fiesta, mitigada por la espera esperanzada del día siguiente. En el mismo recodo de la cafetería, mirando idénticos trozos de acera a través de las cristaleras, que unas veces reflejaban soles y otras estaban dibujadas por diminutos riachuelos, cruzándose o sepa-

rándose en abrazos y adioses, tal como ellos mismos... Iguales trozos de acera, salpicados de gentes. Las sábanas tibias embozando dos sentimientos...

“—Te voy a leer una poesía, ¿quieres?” Y el papel salía de sus dobleces ante la mirada complacida e impaciente del hombre. Ella desgranaba versos, haciendo pausas a cada final recalcado, para después enlazar el siguiente y el otro, en estrofas breves, como caricias sin terminar. “—¿Te ha gustado? Lo hice anoche.” Al hombre se le ponía la mirada ausente, lejana, en un viaje hacia las descritas espadañas de la torre, añosa y huérfana de cigüeñas. Hacia el fondo de ese espejo poético y fantástico, donde se reflejaba la melancolía de dos seres fundidos en las estrofas leídas y con las manos llenas de cariños inacabados. Hacia la flor moribunda,alzada por los dedos de un niño... “—¿Te ha gustado?” La mirada del hombre regresaba a trompicones de los amores imposibles, prohibidos, relatados en el poema, en un galope hostigado por los pensamientos. “—Claro que sí. Mucho. Estás avanzando, gorrión.” “—¿Tú crees?” La pregunta estaba arropada de tonillos de coquetería, mientras los livianos dedos femeninos recorrían los renglones del papel, para al fin descansar en una palabra: amor. “—Claro que sí.” Los dos regatos de la vidriera se estaban fundiendo en uno solo...

Y una tarde de cielos encapotados, un susurro. “—Estoy embarazada.” La sonrisa triste del hombre triste entre dos sobresaltos. Un entrecruzarse de miradas rebuscando verdades. Los menudos dedos de la mujer repasaban arrugas. “—Gorrión...” Ella se quedó quieta, paladeando el cariñoso apelativo. A él se le cayeron los hombros en un gesto de desánimo. “—Estírate; pareces un lobo cansino...”

Después llegó un tiempo diferente. Un tiempo de preguntas encogidas. “—¿Cómo te encuentras? ¿Qué te ha dicho el médico?” Las manos del hombre acariciaban con azorado gesto el vientre semillado, ante la mirada larga, acogedora, de los ojos verdes, o grises, o azules. “—Bien; me encuentro bien.” “—¿Para cuándo?” “—Dentro de dos meses.” Ahora, los dos regatos del cristal no se atrevían a abrazarse del todo...

Una sola rosa roja. Roja como las escoceduras en los ojos del hombre. Una sola rosa roja, con las espinas afiladas y curvas al final del tallo. Una rosa que se vestía de miradas verdes, o grises, o azules, en el estrecho jarrón, encima de la mesilla blanca de la sala blanca. Ella sabía quién había enviado la solitaria flor, pequeña y humilde. Ella sabía quién había arropado su huida en aquella rosa roja, lozana y leve. “—Estírate; pareces un lobo cansino...” “—A mí me gustan las cosas pequeñas.” Y la mujer, con el cuerpo recién desgarrado por ese otro mínimo cuerpo, abrigaba su desconcierto en aquellas palabras, que ella había dicho hacía tiempo, mucho tiempo...

“—¿Te gustaría conocer Japón?” Él no conoció Japón, ni la ciudad resurgida de Hiroshima, ni las mimosas geishas. Solamente, a partir de aquel entonces, conoció la soledad mirando a lo lejos, desde sus acobardamientos, el rincón vacío de la cafetería de to-

dos aquellos días. A las gentes, las mismas gentes, que ya no reposaban en ellos sus miradas curiosas. Él no conoció Japón. Se quedó más cerca, mucho más cerca, en la cercanía del abandono. El pequeño pueblo castellano se estaba acabando, sumiso y austero alrededor de la altiva torre. Las achatadas casas de adobe recogieron el retorno y las flaquezas del hombre. Las empinadas calles, relucientes de lluvia, supieron de sus pasos transidos. La deshabitada ermita de cuarterones con herrumbres conoció la poquedad del hombre. El desvalido Cristo de mirada agónica supo de los rasgones de un amor secreto. De las deserciones y los miedos ante la llegada de un hijo, en el encuentro hecho carne de dos sentimientos. En la madriguera de estos miedos se removía el hombre, noche a noche, pulso a pulso, para con el alba ir a orear sus congojas a los campos. Allí se pasaba tiempo y tiempo en un monólogo sin voz, mirando intensamente los surcos binados, con la reciente semilla en sus entrañas. “—¿Para cuándo?” Los tornadizos pájaros remontaban un vuelo que el hombre envidiaba desde sus pies inmóviles, mientras recordaba aquel verso que hablaba de campanarios desamueblados. “—Estás avanzando, gorrión.” Y con las noches, largas y ciegas, el hombre volvía a recorrer el angustiado pasillo de sus espantos, despacio, muy despacio, alumbrado de miradas verdes, grises, azules.

El hombre regresó de sus recuerdos con un hondo dolor físico, y remiró el periódico. Volvió a recrearse con el rostro de papel, quieto y sonriente. Después de más de quince años, ella seguía igual. Con su cara aniñada, rodeada de la cabellera negra y rizada. “—Perdóname, gorrión...” El hombre no siguió leyendo. Sabía cual era el título de la poesía premiada. “El lobo cansino.” Lo sabía sin haberlo leído. Se acordó de Hiroshima y las geishas. De los tulipanes acariciando dragones alados y de los espantapájaros alzando sus brazos de palo hasta rozar las estrellas.

Notándose sus setenta largos años pesándole en el cuerpo, se alejó calle arriba al encuentro del lobo cansino, agazapado entre las casas encaladas. “—Has triunfado, gorrión. De verdad que te lo merecías. Lo que no te merecías es lo que yo te hice...”

De pronto, le llegó el roce de una cálida mirada verde, gris, azul, en los rastros de sus espaldas. Fue como el empuje de algo maravilloso. Como un suave viento de perdón...

Y el anciano, esta vez, se estiró mientras caminaba.

El zarzagán

Pues mire usted, hablar solo, lo que se dice hablar solo, que tampoco era tal, empecé a hacerlo cuando yo tenía diez o doce años, que recuerdo que me sentía muy a gusto oyéndome mi voz sin que nadie me la replicara, ya ve usted. La gente se me quedaba mirando embobada como si nunca hubieran visto a alguien hablar a solas. Que bien me lo afeaba la abuela Javiera y mi madre y mi padre y mi hermana la pequeña, la Angus.

Ella se llamaba Angustias, pero todos la llamábamos Angus que quedaba más corto, sabe usted. Pues como le decía, en la casa, todos ellos, me reprochaban mi comportamiento, cada uno a su modo y manera, ya ve. ¡Qué chocante, qué chocante! ¡Vaya antruejos!, exclamaba la abuela Javiera, haciendo esos aspavientos tan propios en ella, que movía las manos despacio, muy despacio, como acariciando el aire. Primeramente las ponía en cruz para después subirlas hasta la cabeza despacio, muy despacio, y allí las dejaba tiempo y tiempo, con las palmas sujetándose las sienes, y chillando de seguido: ¡qué chocante, qué chocante!, ¡vaya antruejos!. Solamente decía eso, mire usted. Y luego ponía los ojos en asombro, como desarrugados, fijos en la bombilla del techo, ya ve usted. Mi padre era otra cosa; era más parlero. Se encorajinaba mucho conmigo y soltaba muchos cagüental, y eso del copón bendito que era su decir, mire usted, para a la postre amenazarme con el cinto, que aquello no era un cinto, pues más parecía una cincha de ancho y largo que era, y, a voces, que me iba a quitar a cintazos la manía de ir hablando solo, sin ton ni son, y que yo era el hazmerreír de todo el pueblo y que ellos eran el hazmerreír de todo el pueblo por tener un hijo tan trastornado, ya ve usted. Mi madre venga a decir en susurros: ¡ay, Señor, qué cruz!, y lloraba y lloraba, que yo creo que desde aquel entonces se le pusieron los ojos más pequeños, más achicados. Es que el llanto merma mucho, decía la abuela Javiera después de dejar las manos quietas. A mi hermana Angus la dio por hacerme burla y se tiraba todo el día hablando a gritos por los corrales, manoteando y llamando majas a las gallinas y tirando besos a la cigüeña que pasaba por lo alto, ya ve usted. Sí, señor, ya le dije antes que empecé a hablar solo cuando tenía diez o doce años. Entonces lo hacía por antojo y voluntad, aunque a veces sintiera una especie de asperillo al oírme la voz, pero me aliviaba que nadie me contradijera, mire usted. Claro que yo no hacía las tontunas de mi hermana, la Angus, que mayormente hacía irrisiones abultadas, llamando majas a las gallinas y tirando besos a la cigüeña, para burlarse de mí, ve ahí. ¿Que de qué hablaba yo entonces, dice usted? Pues mire usted, hablaba con los sembrados que les animaba mucho, ya ve. Y con la luz, ese resol que te arrebatava los ojos. Y con lo oscuro cuando robaba la claridad. También charlaba con la lluvia, ve ahí. Con la lluvia cuando sólo era agua y formaba regatos en los albañales o cuando se hacía nieve que arropaba de blanco los campos, o cuando era un pedrisco que tumbaba los trigos. Pero sobre todo hablaba con el viento. Sí, señor, no me mire usted así. Créame que también hablaba con el viento; con el viento solano, se entiende, que con el otro ni me trataba, mire usted. Sí, señor, con el cierzo, que también llaman zarzagán cuando se vuelve frío. Con ese ni tratarme, ya ve. Y yo pienso, de mucho cavilar, que a éste le entraban aborrecimientos hacia mí porque yo siempre hablaba con el solano y nunca con él. Y así pasó lo que pasó, mire usted, que ya se lo tengo dicho a usted veces y veces. Pasó en aquella anochecida, a primeros de enero, hace ya un montón de años, cuando yo venía de regreso de Valdebuena. Recuerdo que era un miércoles, día de mercado, sí, señor. Yo andaba con paso calmo, echándole más de un responso a la oscuridad por haber matado a la luz, cuando empezaron los remolinos. Al principio fue una pequeña tolvanera en las

cunetas hasta que vino a más y el polvo me nubló los ojos, que estuve tanteando a ciegas un buen rato y al poco sentí el zumbido en los oídos, mire usted, que fue como si se me metiera por los sesos todo un enjambre de abejas, ve ahí. El enjambre y un gran susto, mire usted. Se me puso toda la cabeza hecha un dolor y luego me entró un frío por todo el cuerpo que me dejó aterido y tiritón, y después sentí la voz por los adentros de la cabeza. Era un vozarrón que decía: ¡soy el zarzagán y estoy aquí para vengarme! Eso dijo, sí, señor; como se lo cuento. Y yo a la carrera hasta llegar a la casa, que allí estaba la Angus tan sentada en la sala haciendo esa labor de ganchillo que nunca tenía fin, y yo contándole lo del enjambre y lo del frío que me llegaba a los tuétanos y lo del viento zarzagán, y ella voltea que te voltea con el ganchillo sin hacerme ni pajolero caso, sí, señor. Claro que se lo tuve que contar a ella, pues a ver a quién iba a contárselo, ¿a mi madre, o a mi padre, o a la abuela Javiera que ya llevaban desde años en el camposanto? Y la Angus se puso a hacerme burla, que eso lo hacía desde chica, como le he venido diciendo a usted, y después se le fijó una malicia en la mirada, ya ve. Pues sí, señor, con el enjambre y el vozarrón estuve durante un año, que aquello me tenía amargoso y con temblores, y hasta se me fueron las ganas de hablar con la lluvia y la nieve y los sembrados, ve ahí, que buena revancha se tomó el zarzagán. Claro que consulté con don Damián, el médico, y con la señora Gabriela, la santera, que me echó las cruces y todo, qué se cree usted, y hasta fui a ver a don Bruno, el párroco, que todos los días echábamos un párrafo en la sacristía. Que esas son figuraciones tuyas, Tomás. ¿Cómo se te va a meter el cierzo en la cabeza para vengarse?, me decía don Bruno con ese sosiego tan suyo. Mire que le digo la verdad, don Bruno. ¿A cuento de qué me iba yo a inventar lo de los escalofríos y las voces y los padecimientos, que no me dejan quieto ni un momento?, le contestaba yo, sacudiéndome las orejas de seguido. Y don Bruno que a ver qué solución había para eso, pues ni la ciencia daba con ello. Y yo que era una venganza del zarzagán porque no me trataba con él, ve ahí. Y al cumplirse justamente el año desde aquella cuestión, mire por donde que me topé con aquel personaje de las vestimentas negras. Sí, señor, el peregrino como yo di en llamarle. Que estaba yo al pie de la cruz de piedra; la que separa el camino de la ermita del de Valdebuena, cuando se me apareció el peregrino, como yo di en llamarle, ya ve. Tenía unas manos transparentes de tan blancas, y me las puso con mucho cuidado en las sienes, talmente como hacía la abuela Javiera con las suyas, y mirándome de fijo con unos ojos como dos taladros. Al rato, oí otra vez el zumbido al igual que antaño, aunque mucho más recio, pero en esta ocasión era hacia afuera, mire usted. Más tarde, empezó a salirme de los oídos un aire a borbotones con un tufo fuerte a corrompido, como a cosa echada a perder. Qué descanso me quedó, mire usted, pero cuando quise dar las gracias al personaje de negro, al peregrino, como di en llamarle, éste ya no estaba, que ni a lo lejos se le veía. Y cuando fui a contárselo a la Angus, ésta empezó con las burlas y dale que dale con el ganchillo y con las carcajadas y con la malicia en la mirada. Y si quiere usted que le hable en rigor, es que tengo para entre mí que fue ella y nadie más que ella, la muy indina, la que me hizo traer aquí, pues ya me dirá usted, sino, a santo de qué estoy en esta casa que llaman de salud, ¿no verdad, señor doctor?

El abrazo

Aquella especie de juego siempre me había olido a muerte. A una muerte acaso lejana, pero muerte al fin. La cueva tenía ese olor a cadaverina, a descomposición. A tiempo detenido, terminado, como los camposantos.

Han pasado más de quince años desde aquel entonces. Desde aquel juego de niños. Y aún conservo en mi sentido del olfato la tufarada de aquel mal olor. Hospedado en él. Fue Santi el que descubrió la cueva. Un hondón al borde de unos rastros, cerca de la olma vieja, y el canto renegrido de unos baldosines asomando entre la tierra. Escarbamos como jugando, apartando con las manos ladrillos rotos, desmoronados, y apareció el agujero no más grande que dos puños de los nuestros. Lo fuimos agrandando con piedras y palos y ya en el boquete cabían los hombros de Santi. Los tres esperando a que éste dijera algo. Alguna cosa que él viera en aquella raja oscura. Sólo un silencio de aguardos. Al rato, apareció la cabeza de Santi sacudiéndose trizas de tierra del pelo. Nos habló a trozos de una galería con techo de ladrillos viejos, que podía ser muy larga y que había que ensanchar la entrada. Y aquel mal olor saliendo a hilachas por el hueco, atufándonos. Como jugando, estiramos aún más la embocadura. Andaba el sol por su mitad, cuando en la brecha ya entraba Santi del todo, mientras por el agujero se vaciaba la pudrición. Jonás que déjalo, Santi, que esto es muy temeroso, y Santi que él entraba como fuera y que acercaros a por unas velas y que no seáis cobardicas. Los cabos de vela los trajo Timo en un descuido de don Abelardo, el señor cura. Yo fui el último en decidirme a entrar y, como jugando con el temor, adelantamos los pasos, tanteando suelo y paredes. Las llamas vacilantes y las manos temblonas. Había miedo en nosotros cuatro. Era como un olor que se transmitía de cuerpo a cuerpo, mezclado con el otro olor, y ni las risas chillonas de Santi lograban frenar ese tránsito de sobrecogimientos. La primera telaraña, como una telena espesa, golpeó a Santi en la cara. Timo gritó el grito de Santi, y Jonás, que iba pegado a mí, hizo ademán de recular, imitándome. Diez, doce metros, calculo yo, y surgió la pequeña rotonda. Y los cuerpos. Eran dos, sentados, abrazados uno a otro. Brazos descarnados con brazos descarnados y costillares con costillares. Otra vez el olor a camposanto y otra vez el terror pasando de uno a otro. De Santi a Jonás y de Timo a mí, en un viaje de ida y vuelta. Santi, en un voceo de horripilaciones, salió disparado hacia la salida, apuñando la goteante vela. Le siguieron Timo y Jonás persiguiendo sus gritos. Yo me quedé quieto, hincado en el suelo, alzando la vela y con un alarido sin salir, atrapado entre la boca del estómago y la garganta. La mujer aún conservaba restos de un pelo largo y ceniciento pegados al cráneo. El hombre cubría las huesudas piernas con trozos de unas botas altas, y harapos de tela podrida arropaban el abrazo. El silencio atronando en mis oídos, y yo allí quieto, inmóvil, sin poder apartar los ojos de los dos esqueletos apretados, y sintiendo resbalar, sin ningún dolor, la cera caliente entre mis dedos. No recuerdo bien el tiempo que estuve en aquel sitio clarioscuro. La luz de unas linternas a mis espaldas, y una mano se posó en mi hombro. No sentí ningún sobresalto,

pues yo ya había gastado todo mi miedo viendo los huesos abrazados. El cabo y uno de los guardias me sacaron casi a rastras de aquel lugar de muerte.

La claridad de la blanca sala hirió mis entornados ojos. Sentí un roce de almidones y vi acercarse la sonrisa de una monja. Quise decirle algo y mi voz se quedó adentro. La figura de mi padre al lado de la monja y de un hombre con bata blanca. Noté la presión de la mano de mi padre en mi antebrazo y me habló. Su voz no me parecía la de siempre. El tono me sonaba a metálico, como si hablara a través de un tubo. Quise contestar a sus palabras y solamente me escuché un ruido, al igual que un gruñido alargado. Forcé aún más la garganta y otra vez el ronquido largo. Mi padre seguía hablándome con ese tono que a mí me parecía distinto, y contándome que Santi, Jonás y Timo estaban bien, después del susto. Ni un solo reproche por aquella travesura de la cueva. Ni una palabra de los dos esqueletos. El hombre de la bata blanca se acercó a la cama con las dos manos embolsilladas. Creí notar en sus ojos una chispa de lástima. Me dijo que no me preocupara, que la voz la iría recuperando poco a poco, pues había sido muy fuerte la impresión. Me noté los ojos húmedos y, aún sin querer, me acudió la imagen de aquellos dos esqueletos unidos en un abrazo infinito.

Han pasado más de quince años desde aquel entonces, y la imagen de aquel abrazo la llevaré siempre en mis recuerdos, en una carga de angustias. En estos años, han venido muchas veces a verme Santi y Timo, desde Bilbao. Los dos hablándome de sus hijos y del accidente de Jonás, que se mató con el camión subiendo el puerto de Pajares. Fue Santi el que en la primera visita empezó a hablar de la cueva y de todo lo que le dijo hacía tiempo don Lucas, el secretario del Ayuntamiento. Que desde muy antaño corría entre la gente el sucedido de que un liberal se refugió en el pueblo, huyendo de las persecuciones y venganzas de los absolutistas, en la época de la reina María Cristina, cuando empezaron las guerras carlistas. Que aquel hombre se enamoró de una joven del pueblo y un día desaparecieron sin que se les volviera a ver por ninguna parte. Yo pensé en aquel escondite derrumbado y en aquel abrazo de amor. El último.

He querido escribir ahora todo lo que ocurrió hace más de quince años, en esa especie de juego, que siempre me había olido a muerte. Los médicos me siguen diciendo que no pierda la esperanza; que algún día recuperaré la voz que perdí, mirando con mis espantos quietos a aquellos dos cuerpos abrazados. A aquel apretón descarnado que se me quedó enganchado en la garganta.

Pintando santos

Valeriano pintaba santos. En puridad, pintaba santos, santas y vírgenes. Pintaba toda la nómina celestial; desde santa Isabel de Hungría hasta san Isidoro, pasando por san Roque y la Virgen del Camino. Valeriano pintaba santos de dos años para acá, pues antes

había sido capador e iba de pueblo en pueblo con su juego de navajas curvas, de media luna, castrando marranos y marranas, hasta que fueron apareciendo las granjas y ya no se necesitaban capadores, que allí estaba todo muy preparado, muy técnico, con planificados apareamientos y sin tener en cuenta tanto verriondo como antaño. Así las cosas, Valeriano se quedó sin trabajo y se puso a pintar santos. La mujer, Delfina, echándose las manos a la cabeza, como sujetándose, que aquello era un desatino y una risión; y Valeriano todas las mañanas trasteando en la droguería, que mira, Patro, que no me sale bien el color y que tengo que añadir más azul, y, el otro, que cómo se te ocurre meterte en esos berenjenales que lo tuyo es ser capador de toda la vida, como tu padre y como tu abuelo, que en paz descansen; y que ya sabes, Patro, que con esto de las granjas me he quedado de más y me ha dado por pintar, pues yo pinto de cabeza, ve ahí; y que me voy a ver si encuentro una madera más lisa, y que vaya pincel que me vendiste ayer que se le van los pelos en cuanto lo mojas.

Valeriano pintaba por las tardes después de siesta, pues así tenía una luz más luminosa. Eso decía él, porque lo había leído en un libro de pintura que le había mandado un sobrino desde Barcelona. Valeriano pintaba por las tardes en el corral, que se había hecho allí una especie de cobertizo con cuatro adobes y unas uralitas para almacenar botes, tablas y brochas, amén de los cuadros ya terminados, que antes ponía a arear en el esquinzazo de la solana, junto a la tapia. Valeriano pintaba por las tardes, después de siesta; eso en el buen tiempo, ya que con la vecindad de las lluvias y las frioleras se amadrigaba en la sala a pensar, a coger ideas, pues él pintaba de cabeza. Valeriano, acaso por su antiguo oficio de capador, tenía cierta sensibilidad en los dedos, pues buen tino había que tener para anular las criadillas y los ovarios, y hacer el corte donde se debía hacer, ni más arriba ni más abajo, tenía que ser en el sitio justo, además de efectuar la ligazón rápidamente, sin titubeos. No se sabía bien de cierto si sería por aquellos menesteres o por otras habilidades connaturales en él, pero lo real es que Valeriano tenía buen pulso, hacía trazos rotundos en la pintura y lograba colores cálidos, enrojecidos, que empleaba en las vestimentas de sus santos y sus vírgenes. En los primeros tiempos, Valeriano consultaba el libro de su sobrino. Que si desleír en aceite secante, que si líquidos glutinosos y calientes, que si agua de cola, que si al óleo, que si al temple; hasta que se cansó de leer tecnicismos para enterados y como él pintaba de cabeza es por lo que se iba por las mañanas a comprar los botes de pintura y los pinceles a la droguería de Patro, y las tablas en casa del señor Lorenzo, el de la carpintería. Y Delfina, la mujer, sujetándose la cabeza como si se le fuera a escapar, y que vaya cruz con las pinturas, y que ahora le había salido pintamonas el señor, y que si te pones hecho un cristo con tanta mancha en las camisas y los pantalones que no salen ni en remojo, ni raspándolas, mira tú. Y Valeriano que mira qué María Magdalena más maja me ha salido, y Delfina ni una sola mirada de curiosidad, y que ya estaba harta de tanto churrete y de tanto olor a aguarrás, que tenía toda la casa infestada con esa peste, y que si ya no tienes bastante con el cobertizo del corral, y...

María Magdalena, la Purísima Concepción, la Virgen de la Cuesta, san Roque, santa Isabel de Hungría, san Jerónimo, san Juan Evangelista, san Miguel Arcángel, san Pelayo, y así hasta un total de veinte santos y vírgenes apilados en el sotechado del corral. Y Patro, el de la droguería, diciendo a Valeriano que por qué no hacía una exposición con los cuadros, y éste que qué era eso de la exposición, y Patro pues que enseñárselos al público para que los vieran y hasta sales en los papeles y todo. Valeriano alejándose de la droguería con la idea en la cabeza y dos botes de pintura verde en las manos. Delfina sujetándose otra vez la cabeza como si se la fuera a escapar, y que había que ser jumento para ocurrírsele esa tontuna y que qué iba a decir la gente de esa cuestión. Valeriano a vueltas con la exposición y contándoselo a don Raúl, el cura, que tenía que entender de ese asunto que para eso eran retratos de santos y de vírgenes, y don Raúl que de locales para la exposición solamente se le ocurría, así de repente, el salón de baile que era amplio y espacioso y tenía buena luz, y que qué callado te tenías todo eso de las pinturas de los santos y las vírgenes, Valeriano. Y Valeriano replicando con medias sonrisas que no iba a ir por ahí pregonándolo, y que estaba muy bien pensado lo del salón de baile y que si él querría organizar el acto por tratarse de cuadros de vírgenes y santos. Y don Raúl, el cura, dijo que se lo pensaría, pues así de repente...

Después de mucho tenacear con Felipe, el dueño del salón de baile, éste dijo que sí, siempre y cuando saliera en los papeles el nombre del salón y también el suyo, que eso daba mucha propaganda al local. Y Valeriano puso manos a la obra. Clavó las veinte alcatras en la pared, y que cuidado, Valeriano, no hagas desconchones en el tabique, y Valeriano diciendo que allí no tenía que mirar nadie hasta el día de la exposición. Valeriano se trajo unos estores viejos y tapó los santos y las vírgenes, al igual que hacía don Raúl en la iglesia por Semana Santa. A la mañana siguiente de todos estos afanes, a don Raúl, el cura, le nació un entusiasmo; que ya había hablado con su Ilustrísima el señor Obispo y que éste asistiría a la exposición de los cuadros de vírgenes y santos, y que sería buena idea que Castor, el pregonero, anunciara el acto y la visita de su Ilustrísima con la corneta por todo el pueblo; y que también se acercaría un periodista de la ciudad para hacer un reportaje, y que sería bueno que Valeriano convidara a todos con un refrigerio.

La gente del pueblo se movilizó el día de la exposición, pues era de mucho mérito que fuera por allí su Ilustrísima el señor Obispo. El salón de baile estaba de bote en bote. Valeriano hecho un manojo de nervios, mientras la gente besaba el anillo de su Ilustrísima. Allí estaban, entre muchos, el alcalde y los concejales y las mujeres del alcalde y los concejales. Y el médico y la mujer. Y la mujer del sargento y el sargento. El maestro acudió solo, pues estaba soltero. Don Raúl, el cura, de un lado para otro, pisando los talones del señor Obispo. Y Delfina, ese día, descansó de sujetarse la cabeza y ahora se estaba sujetando las caderas toda ufana, olvidándose del olor del aguarrás y de las manchas. Valeriano apartó solemnemente los estores en un gesto que había visto

hacer al señor gobernador civil, cuando hace tiempo descubrió la placa en la fachada del Ayuntamiento. Debajo de cada cuadro había un rótulo con el nombre del santo, o de la santa, o de la virgen, que bien se había esmerado en hacerlos con tinta china don Arcadio, el maestro soltero. San Jerónimo dándose cantazos en el pecho. San Roque enseñando las úlceras del muslo, trajeado de peregrino, y con el perro rabón al pie. Santa Isabel de Hungría con el capacho lleno de rosas. San Pelayo uniformado de romano y con una banda de colorines cruzándole el pecho. La Virgen de la Cuesta con el Niño a cuestas. Y así hasta un total de veinte retratos. La primera que se dio cuenta fue la señora Lidia, la mujer del alcalde, dándole codazos y oye no te parece que la cara de santa Isabel de Hungría es talmente la cara de la Susi, la que está en un bar de alterne de la ciudad; sí, hombre, la hija del Sinfo, el de la fonda, esa tan libertina y tan pendón. Pues ahora que me fijo, es clavadita, ve ahí. Y se corrieron las voces por el salón. El perro de san Roque era igual al perro del Sebas, el molinero, y san Roque tenía la misma cara que el sargento. San Jerónimo era idéntico a Patro, el de la droguería. Y María Magdalena con el rostro de Delfina, pero sin sujetarse la cabeza. El que se estaba sujetando la cabeza en ese momento era don Raúl, el cura, al observar que san Miguel Arcángel, alanceando al dragón, tenía todos los rasgos de su Ilustrísima el señor Obispo. Y don Raúl, el cura, se quedó quieto, pasmado, rondándole el síncope, ya sin ir a los alcances del señor Obispo, y tratando de tapar, empinándose, el cuadro de san Miguel Arcángel para que no lo viera su Ilustrísima.

Al atardecer, las voces se oían en la sacristía, fuera de la sacristía y hasta en lo alto de la torre. Que vaya ocurrencia la tuya, Valeriano; que si se llega a dar cuenta el señor Obispo, me traslada. Que era una herejía de las gordas pintar a los santos y a las vírgenes con las caras de gentes conocidas del pueblo, y hasta meter en el ajo a su Ilustrísima el señor Obispo. Y que la culpa la tenía él por no haber revisado los cuadros antes de la exposición, y que había que quemar los retratos cuanto antes. Valeriano callado, mirando fijamente una casulla morada colgada de un perchero. Al rato, le salió la voz gritando que él pintaba de cabeza, y que eso es lo que había estado haciendo durante más de dos años: pintar de cabeza.

La muerte blanca

Me dijeron que le habían visto por la capital. Me contaron que se estaba matando. Y fui.

Chamartín. Pitidos musicales. Mensajes metálicos. Luces ensombrecidas abrazando adioses y encuentros. Y rutinas de sube y baja. Azca. Por allí no estaba; mire a ver por Capitán Haya o por la Ventilla. Ya no está en la pensión de antes. Sí, hace alguna chupza por Tetuán; de peón o con lo de los portes. Estuvo pero se fue hará dos semanas;

necesitaba más dinero, ya sabe. Yo no sabía nada. Solamente me contaron que se estaba matando. Y es cuando fui.

Había estado una temporada en Carabanchel, según me decía aquel hombre; de eso hace más de un año. Salió y se enrolló con la Marta y siguieron afanando radiocaset, ya sabe. ¿Por qué todos se empeñaban en que yo tenía que saber? La taberna olía a agrio. A ese aire prisionero. Y el whisky descendiendo en el vaso una y otra vez entre uñas rotas, astilladas. El tatuaje, rojo y agrisado, me miraba desde el pliegue del pulgar y el índice. Parecía un águila engarfiando un corazón. No se sabía bien si protegiéndole o apresándolo. El pájaro y el corazón enganchado vigilando el nivel del vaso, y mirándome intensamente, como palpando el otro nivel. El de mis angustias. El de mis ojos con la calentura de la vigilia. La coleta del hombre se movió en un vaivén ennegrecido. No, no sabía por donde andaba ahora la Marta; quizá por Ibiza, vendiendo esos collares y abalorios que ella hace, ya sabe. Podía probar por Vallecas, por Entrevías, a ver si alguien le había visto.

Atrás se quedó el hombre con su águila entallada en el frunce entre el pulgar y el índice, apresando o protegiendo al corazón encarnado. Atrás el tufo ácido y el aire prisionero. Delante, el laberinto de callejuelas abrochando descampados en una asamblea de desperdicios. Vi el bulto recostado en un tapial, entre dos luces. Me acerqué y me miró con sus ojos opacos, turbios, que parecían rellenos de estrellas ciegas. Estaba apuntalando, en cuclillas, la desmoronada pared. Quieto y acobardado. Con una especie de temblor de escalofríos que le sacudía el cuerpo en intermitencias patéticas. Los pómulos aquillados, como esquinzos de piel olvidada. La ropa ajada, rota por las rodillas de huesos puntiagudos. Me miró, sin reconocerme, desde su juventud deshabitada, alargándome una mano sin memoria. Y me habló. Fue un murmullo de palabras atropadas. Creí entender que me pedía dinero para comprar su ración de paraíso, de su paraíso disfrazado de blancas mortajas. Yo, parado, inmóvil, mirándole fijamente como queriéndole zurcir con la mirada sus trozos dispersos, sus jirones de animal herido. Y lloré. En una especie de empatía mágica, me metí en sus adentros, rebuscándole las vísceras, y allí, en el fondo, muy en el fondo, en unos hondones de curvas sin redondear, lo vi. Era un ser diminuto, al igual que una dríade maligna y encogida, con el rostro deforme, hilvanado de surcos cenicientos. Daba unos alaridos desgarradores en una escala de horripilaciones. Me asusté; de verdad que me asusté. Fue como un espanto recorriéndome cada vértebra en un tamborileo lacerante. Aquella criatura deforme se retorció en convulsiones de gritos estirados, de vez en cuando segados por un silencio que atronaba. Salí de aquellas profundidades envuelto en pánicos, y miré los ojos adormecidos del joven quebrantado que seguía con su mano extendida en un aguardo infinito. Acucillado en su infortunio, en su soledad de gritos y pavesas. Pensé sobresaltado en aquel espectro interior de formas retorcidas, y lloré.

Otra vez la estación de Chamartín con sus musicales silbidos. El tren arrancando, devorando vientos. Y el muchacho sentado a mi lado, estadizo, abatido, con la mirada perdida en el cuadrado de la ventanilla. Yo, recordando sus años de infancia, sus juegos. La escuela campesina. El Instituto provinciano. La desaparición de las anfetaminas de la vitrina del consultorio. Su huida a la capital en busca de verdes valles ya conquistados por otros. Pensé en nuestra llegada al pueblo. ¿Qué haría yo allí para salvar al muchacho de esa muerte blanca alojada en sus adentros? Yo solamente era un modesto médico rural. Yo solamente era su padre. ¿Sería suficiente?

* * *

Bueno, esos son los cuentos que os anuncié, y de confesaros que os he engañado, pues realmente debía haber añadido tres palabras “y una poesía”. Os la leeré con cierto rubor, ya que es la única poesía que he escrito en mi vida. Tomo aquella frase del escritor francés Anatole France: “Los niños imaginan con facilidad las cosas que desean y no tienen; cuando en su madurez conservan esa facultad maravillosa, se dice de ellos que son poetas o locos”. Está claro que yo no pude ser poeta y me quedé en loco. La poesía es esta:

Ese silencio

*Ya te abraza el silencio de tus gentes calladas,
de tus horas de piedra,
de tus senderos tallados en el tiempo.*

*Está en tus casas vacías de pardos adobes muertos,
en tu piel cuarteada,
en tus gallos marchitos de alas gastadas.
Ya te abraza el oscuro silencio en tus templos sin rezos,
en tus lumbres sin humo,
en tus voces sin acento.
Y tú miras al cielo recontando zozobras,
dibujando camposantos de agotados ríos quedos,
en un escondite de ásperas siestas y de campos inmensos
cuañando campanas de sonos y vientos.
Se te ha quedado el surco quieto,
anclado en la seca esteva de tus manos
mientras lloras lejanías y linderos.
¡Ay, Castilla! Ya te abraza el silencio.*

Y ahora os toca a vosotros que me contéis cosas e iniciar un coloquio sobre lo oído o sobre lo que se os ocurra, queridos amigos. Muchas gracias por vuestra entrañable compañía.

Breve nota biográfica

Enrique de Antonio Carpetano nace en Madrid en 1927. Trabajó durante 50 años en el sector bancario. Ha cursado estudios de Psicología, Comercio Exterior, Estadística y, últimamente, Teología. En 1980–81 se inicia como escritor y periodista. Entre otras menciones y premios literarios en 1988 le otorgan el premio Miguel Delibes, de narración, por su libro de cuentos *Castilla a cuestras*. En 1991 consigue el premio Sarmiento, de Narrativa, por su obra *Cuentos callados*. Colabora en los periódicos *Diario de Ávila*, *Nuevo Diario del Júcar*, *La Guía del Pueblo*, y en las revistas literarias *Perfil*, *Atalanta*, *Leer*, *Pasos de Semana Santa*, *Alba*, y *El Cobaya*. En 1988 es nombrado Hijo Adoptivo de Finlabajos (Ávila). Es miembro de la Asociación Colegial de Escritores.